

# salvar

Tal vez la destrucción que causó no haya sido intencional, pero el comportamiento de la especie humana ha sido, de todos modos, el factor más devastador del medio ambiente que se haya registrado en la larga historia de la biosfera. Como resultado de este comportamiento, nos encontramos frente al índice de extinción de las especies más rápido desde el cataclismo cósmico que ocurrió a fines de la era mesozoica, hace 65 millones de años.

Inadvertidamente hemos causado trastornos por nuestra capacidad prácticamente ilimitada de modificar el medio ambiente para lo que más nos convenga. Lamentablemente, solemos hacer esto sin pensar en las consecuencias a largo plazo y también con frecuencia seguimos adelante con nuestras modificaciones, — sin necesidad pero a un costo para el medio ambiente, — por un vuelo de la imaginación más que por una concienzuda adaptación. Y, sin embargo, los cambios que generamos con frecuencia son irreversibles.

Quizás el cambio no intencional más drástico que hayamos impuesto es el de la atmósfera. Los contaminantes que creamos, emitidos en la búsqueda de la riqueza a partir de la industrialización, cubren como un manto la biosfera. Han modificado el clima y seguirán haciéndolo. África es el continente menos industrializado y, como tal, fue el que menos contribuyó a esta contaminación. Pero a raíz de su pobreza, es el que más la sufrirá. ¿Pero quién dice que la vida es justa?

La mayor parte de los países firmaron en Río de Janeiro, en 1992, la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y posteriormente la ratificaron. Luego, la Convención produjo el Protocolo de Kyoto en el que se especificaban las reducciones de las emisiones de los gases de efecto invernadero que deben adoptar los países industrializados para estabilizar el clima. Lamentablemente, el Gobierno de los Estados Unidos de América, el mayor emisor de gases de efecto invernadero, no ratificó este Protocolo, como así tampoco, hasta este año, el Gobierno de Australia.

Hay quienes dicen que hubo justicia cósmica porque Australia sufrió la sequía más intensa de su historia (se calcula que la producción de cultivos disminuyó en un 70% en 2007), y porque el huracán Katrina, el más destructor de la historia de América, asoló el Estado de Luisiana. Yo, sin embargo, no estoy de acuerdo. Sin tener en cuenta ninguna otra consideración, las calamidades climáticas más recientes fueron las inundaciones devastadoras de la zona del Sahel y del sur de África en 2007 y 2008. ¿Pero quién dice que la vida es justa?

El Gobierno de los Estados Unidos de América ahora dice que deberíamos, todos juntos, intentar reducir las emisiones de gases de efecto invernadero,



# la biosfera

por Tewolde Berhan Gebre Egziabher

pero al mismo tiempo opina que no deberíamos especificar las cantidades de las reducciones e insiste en que la reducción de las emisiones no debería frenar el crecimiento económico. Pero, ¿debemos acaso perecer por seguir persiguiendo un crecimiento económico supuestamente inacabable en una biosfera limitada? ¿Y dónde se supone que amontonaríamos esos dólares ilimitados?

¿Qué debemos hacer, pues? Debemos tener esperanzas de que el Gobierno de los Estados Unidos se una a Australia y a otros Estados dentro de sus fronteras, como el gobierno del Estado de California, en su deseo de bienestar de la biosfera, lo cual no podemos dejar de hacer en esta África empobrecida. Así, todos los humanos se unirían para descontaminarla.

En el Protocolo de Kyoto se dispone que nosotros, los países en desarrollo, en nuestros procesos de industrialización debemos utilizar las tecnologías que menos contaminen. Todos nosotros debemos aceptar este requisito. Las poblaciones de los países industrializados suman únicamente una quinta parte de la humanidad. De modo que, si los países en desarrollo se industrializaran generando la misma cantidad de contaminación per cápita que la que han generado hasta ahora, la carga en la atmósfera sería cinco veces mayor de lo que es ahora. Sin lugar a dudas, se nos acabaría la vida que hemos llevado hasta ahora. De modo que conviene a los países industrializados ayudarnos a nosotros — recién llegados a su irresistible cultura — a industrializarnos como ellos pero sin contaminar la atmósfera. Y, por supuesto, nos conviene aún más a nosotros pedir esa ayuda porque nuestra pobreza relativa nos hace mucho más vulnerables a las consecuencias del cambio climático. Y el continente más pobre de todos es África.

El Mecanismo de Desarrollo Limpio del Protocolo de Kyoto ofrece una estrategia de cooperación entre los países industrializados y los países en desarrollo. Pide a las naciones desarrolladas que ayuden a las naciones en desarrollo a industrializarse sin contaminar la atmósfera, a cambio de una reducción en la contabilidad de sus emisiones proporcional a la cantidad de contaminación que se evita de esa manera. De ese modo, el mundo acepta una responsabilidad colectiva o pecado colectivo y busca una redención colectiva. Ahora bien, si no se la lleva a cabo correctamente, la contabilidad puede convertirse en un mero gesto que no ayudará a frenar la contaminación y nos convertirá a todos en culpables.

En todo caso, el Protocolo de Kyoto finaliza en el año 2012. Debemos aprender de nuestra experiencia y reemplazarlo — en menos de cuatro años — con un instrumento que lo siga y que sea más efectivo en el salvamento de la

biosfera. En las negociaciones futuras tenemos que reconocer el servicio que los grandes bosques y tierras agrícolas relativamente libres de productos químicos de la África empobrecida presta en el secuestro del carbono, y apoyar ese servicio, en lugar de no tenerlo en cuenta como se hizo en el Protocolo de Kyoto. Si no lo hacemos, este servicio dejará de existir por el nuevo negocio de las corporaciones multinacionales de producir biocombustible en nombre de la lucha contra el cambio climático. No veo la lógica en suponer que la liberación de dióxido de carbono producida por los árboles que se cortan en los bosques, la destrucción del humus de la tierra y el añadido de combustibles fósiles a la tierra a través de los fertilizantes químicos para producir sustitutos para esos combustibles fósiles reducirá las emisiones de gases de efecto invernadero. Pero ¿quién dice que la búsqueda de ganancias por las corporaciones deba tener lógica alguna? Así que, por eso, debe regirse por el derecho internacional.

En todo caso, el clima de la Tierra ha cambiado y seguirá haciéndolo en forma significativa, independientemente de lo que hagamos ahora y después del año 2012. No nos queda más remedio que adoptar nuestras respectivas sociedades a este cambio inevitable. Necesitamos toda la diversidad biológica agrícola que podamos recolectar para garantizar que adaptamos la agricultura de tal manera que nos permita seguir produciendo más alimentos — pero la erosión genética está reduciendo sin respiro esta posibilidad. La limitación del acceso a la diversidad biológica por los derechos de propiedad intelectual, especialmente las patentes, disminuye aún más la posibilidad de aprovechar lo que queda.

A medida que vayan aumentando las temperaturas, se multiplicarán las enfermedades de los humanos, de los animales y de los cultivos. Ya se ha registrado una expansión de los territorios del paludismo, la enfermedad del sueño y el dengue. Ya el VIH, el Ébola y la gripe aviar aparecieron de la nada. Ya se sabe que nos acosarán todavía más horrores. No nos queda más opción que la de aprender a hacer frente a estos problemas cada vez más ubicuos, se lo merezcan o no. ¿Pero quién dice que la vida es justa?

Si el deseo de seguir viviendo prevalece por sobre la insistencia obtusa de seguir como si no pasara nada, disponemos de los suficientes conocimientos científicos en el mundo para solucionar nuestros problemas. De modo que o ponemos todos manos a la obra para salvar la biosfera y sobrevivir, o nos desmoronamos y perecemos, condenando al mismo tiempo a la mayor parte de las demás especies a la extinción. 